

bre, le imprime una dignidad sobrehumana. Se puede decir:

— Yo no imploro como tú, pero imploro contigo al padre comun, al padre en quien crees y á quien quieres reconocer y honrar; como tú, quiero reconocerle y honrarle bajo otra forma. No me toca á mí reirme de tí; á Dios le toca juzgarnos.

Pasamos la mañana visitando los palacios de los hijos del emir, que están á corta distancia del suyo, una pequeña iglesia gótica, en un todo semejante á nuestras iglesias modernas de los lugares de Francia ó de Italia, y los jardines del palacio. El emir Beschir ha hecho construir otro palacio de campo á cosa de una milla de Dptedin, que es casi el único término de sus paseos á caballo, y casi el único camino por donde un caballo, aunque sea árabe, puede galopar sin peligro; por todos los demas lados, los senderos que conducen á Dptedin son tan escarpados y están tan suspendidos á la vera de inmensos despeñaderos, que no se puede pasar por ellos, ni aun al paso, sin temblar.

Antes de salir de Dptedin y de Deir-el-Kammar, escribo unas notas verídicas y curiosas que he recogido en estos mismos sitios, relativas al anciano hábil y guerrero que acabamos de ver.

NOTAS ACERCA DEL EMIR BESCHIR.

Cuando murió el último descendiente del emir Fakardin, el mando de la montaña pasó á manos de la familia Chab, familia que no se halla establecida en el Líbano mas que desde cosa de unos ciento diez años á esta parte. Veamos lo que cuentan de ella las antiguas crónicas árabes del desierto de Damasco.

Hácia principios del primer siglo de la egira, en la época en que las armas de Abubeker invadieron la Siria, un hombre de gran valor, llamado Abdalla, vecino de la aldea de Bet-Chiabi, en el desierto de Damasco, se cubrió de gloria en el sitio de esta ciudad, y fué muerto bajo sus murallas: el general musulman colmó de beneficios á su familia, que entónces dejó la aldea de Bet-Chiabi para ir á establecerse en Housbaye, en el Anti-Líbano, donde todavía se halla el tronco primitivo de esta familia, de donde ha salido la rama que reina actualmente en el Líbano.

El emir Beschir, uno de los descendientes de Abdalla, quedó huérfano de tierna edad. Su padre, el emir Hassem, habia sido revestido del manto de kakem y habia recibido el anillo del mando cuando su tio, el emir Milhem, dejó los negocios de Estado

por ir á acabar pacíficamente sus dias en el retiro; pero la administracion de Hassem fué inhábil, floja, y Milhem, precisado à tomar de nuevo el mando, tuvo que reparar las faltas de su sobrino y sosegar los disturbios que habia ocasionado su impericia.

Como ha dicho Volney, el poder pasó despues y sucesivamente, de Mansur à Jusef, padre el uno, é hijo el otro de Milhem. Cuando Jusef tomó el mando por primera vez, el emir Beschir no tenia mas que siete años: Jusef le agregó á su persona y le hizo criar con esmero: algunos años despues, habiendo reconocido en él un carácter vivo y alentado, le hizo tomar parte en los negocios de su gobierno.

En aquella época, Djezar, bajá de Acre, que habia sucedido á Dahoz, tenia cansada, hacia muchos años, la paciencia del emir Jusef, con ataques é impuestos eeshorbitantes. Estalló la guerra, pero Beschir no pudo seguir á su tio en aquella expedicion, y solo en 1784 tomó parte en otra que se efectuó contra el mismo Djezar-Bajá. El jóven Beschir, de edad entónces de veintiun años, corrió un gran peligro en la ciudad de Ride, de que se habian apoderado los drusos: perseguido por un cuerpo de tropas del bajá, y precisado á evacuar la ciudad, se halló en su retirada rodeado por el enemigo. La situacion era muy crítica; Beschir picó prestamente su caballo, dirigiéndole hácia una muralla, desde lo alto de la cual se arrojó bajo un

granizo de balas, que por fortuna no le alcanzaron, pero su caballo se mató en el salto.

De vuelta en el Líbano, el emir Beschir se dedicó exclusivamente à los negocios, y quiso restablecer el órden en la administracion del emir Jusef. Pronto se despertó la ambicion en su alma; acordóse de quien era hijo, y aunque pobre, aspiró al poder soberano; sus buenos modos y su valor le habian grangeado la amistad de muchas familias poderosas; trabajó por captarse la voluntad de otras á quienes tenia disgustadas la mala administracion del emir Jusef, y logró poner en sus intereses á una familia considerable y muy influyente, la de Kantar, cuyo gefe, el hombre mas hábil que habia entónces en el Líbano, era inmensamente rico y tenia el título de jeque Beschir, es decir, grande é ilustre. Solo le faltaba ya al emir una ocasion, y no tardó en presentarse.

Desde el año 1785, época en que Djezar-Bajá volvió á Jusef el mando de que le habia privado por espacio de mas de un año, las hostilidades habian cesado completamente entre aquellos dos príncipes. El emir Jusef enviaba todos los años á San Juan de Acre oficiales que le traian el mando con los cumplimientos acostumbrados; sin embargo, siempre temia que ocurriese alguna desavenencia entre él y el bajá, y con efecto así sucedió.

En 1789, estalló entre aquellos dos príncipes un

furioso rompimiento, y el emir Jusef, incapaz de resistir, resolvió abdicar. Beschir tenia mucho crédito; Jusef le queria bien; llamóle, pues, y le aconsejó que fuese à San Juan de Acre á pedir el anillo del mando. Beschir se negó al principio, y dió à entender à su tio que entónces tendria precision de alejarle de sus Estados, porque el bajá lo ecsigiria, y porque su presencia en el Líbano seria un eterno pábulo para el furor de las facciones. Jusef, al proponer aquel paso á su pariente, tenia dos motivos,—impedir que saliese el poder de su familia, y conservar el mando luego que Beschir hubiera allanado las dificultades, ya por via de conciliacion, ya por medio de las armas.

Insistió, pues, y mediante la promesa que hizo Jusef de dejar el pais, apénas el emir Beschir hubiese recibido el mando, salió el jóven príncipe para San Juan de Acre. Djezar-Bajá le recibió con bondad, le confió el mando del Líbano y le dió ocho mil hombres para establecer su autoridad y apoderarse del emir Jusef. Beschir, llegado que hubo al puente de Gese-Cadi, escribió secretamente à su tio, le comunicó las instrucciones que habia recibido del bajá, y le escitó á retirarse, con lo que el emir Jusef se replegó sobre Gibel, en el Kosruan, donde reunió sus partidarios. Beschir reunió à sus soldados, los que habia sacado de Acre y marchó contra Jusef, á quien encontró en el Kosruan; dióle una batalla, y le hizo perder mucha

gente; pero todavía pasaron muchos meses sin resultados definitivos.

Para ajustar aquellas desavenencias, envió Jusef à San Juan de Acre un espreso, que prometió al bajá un tributo mas crecido que el que pagaba Beschir, si queria volverle el mando. Djezar consintió en ello, le llamó à Acre, le entregó el mando y le dió, para echar à Beschir, los mismos ocho mil hombres que habian peleado contra él. El emir Beschir se retiró al distrito de Mar-Meri, desde donde trabajó para derribar à su rival, ofreciendo todavía mas de lo que habia prometido el emir Jusef; aceptó el bajá y de nuevo tuvo que ceder el puesto; volvióse à Acre para intentar nuevos amaños; pero Beschir ofreció al bajá 4,000 bolsas (de sobre 600 rs. cada una), si daba muerte à Jusef, resuelto de este modo á acabar de una vez con los disturbios que tenian revuelta la montaña.

Hallábase entónces Djezar en Damasco. Su aduanero, (griego que poseía toda su confianza, y que era considerado, en su ausencia, como bajá de Acre) trató en su nombre é informó à su amo del convenio que habia ajustado. Djezar al principio aprobó mucho la proposicion, ratificó el empeño y mandó ahorcar al emir Jusef y à su ministro Gandar.

Apénas espidió Djezar aquella órden, se arrepintió de lo que habia hecho; parecióle que la enemistad de los dos príncipes era útil à sus intereses, y

envió una segunda orden que revocaba la primera; pero ya fuese porque llegase tarde, ya porque el ministro estuviese sobornado, el emir Jusef fué ahorcado. Irritado el bajá, pasó á Acre, se hizo dar cuenta del negocio, dijo que se se le habia engañado, é hizo ahogar á su aduanero, y con él á toda su familia, y á otras muchas personas acusadas de haber tomado parte en aquel manejo.

Confiscó Djezar los inmensos bienes de su favorito, y escribió una carta llena de reconvenciones al emir Beschir. El tono en que estaba concebido aquel pliego, manifestó al jóven príncipe que estaba comprometido; procuró justificarse cerca del bajá, quien disimuló hasta la época de la reeleccion del gobernador; entónces Djezar invitó al príncipe á pasar á San Juan de Acre á tomar la investidura.

Fué en efecto sin desconfianza con su ministro el jeque Beschir; pero no bien hubieron llegado cuando los sepultaron á ambos en un calabozo, donde sufrieron toda especie de calamidades por espacio de diez y ocho ó veinte meses. El objeto de Djezar, tratándolos de aquella suerte, era reducirlos á pagar un rico rescate; pero el príncipe no poseía nada, pues su gobierno habia durado harto poco para que hubiese podido allegar grandes riquezas: por fortuna su ministro era poderoso. Envió este secretamente cerca del bajá á la viuda de

un príncipe druso, llamado Sest-Habous, con la que habia tenido íntimas relaciones, y la encargó que ofreciese al bajá la suma ecsigida, y aparentase empeñar ademas sus propias alhajas para completar el rescate. Aquella muger era hermosa y astuta; halló al bajá en Acre, y le cautivó tan bien con las gracias de su persona y de su ingenio, que Djezar redujo considerablemente la suma que al principio habia ecsigido. El emir Beschir recibió de nuevo la investidura y volvió á la amistad del bajá.

Durante aquella cautividad, el hermano del emir Jusef y su primo el emir Kaidar de Bubda, se habian apoderado del poder, y habian tomado las medidas necesarias para impedir al emir Beschir que volviese á sus estados, si Djezar le ponía en libertad. Apénas salió de su prision, el príncipe, no conceptuando prudente volver á presentarse en medio de los suyos, envió á su ministro el jeque Beschir, para que sondeara el espíritu público, y se retiró á la aldea de Homs, para aguardar el efecto de sus negociaciones: trabajó ademas por captarse la voluntad del emir Abbets, príncipe druso de Solima, que hasta entónces se habia conservado neutral, y que gozaba de la mas alta consideracion entre los drusos y los cristianos, sobre todo, entre los del distrito de Marcaentre.

El emir Abbets, considerando justa la causa del

emir Beschir, tomó partido por él y le llamó á su palacio. Como las comunicaciones eran muy difíciles, trasmitióle su despacho por medio de un italiano, lego de un convento de Solima. Beschir pasó en medio de sus partidarios, cuyo número habia aumentado el Jeque Beschir con sus larguezas y su habilidad, cayó impetuosamente sobre el ejército de sus enemigos, le dispersó, se apoderó de los dos príncipes y los hizo ahorcar, sin mas forma de proceso.

Pacífico poseedor del poder, el emir Beschir se casó con la viuda de un príncipe turco, de la familia de Chab, como él, y á quien habia hecho morir dos años antes: aquel enlace le hizo dueño de inmensos bienes. Antes de casarse con aquella princesa, que era hermosísima, la hizo bautizar. Aquel matrimonio fué de los mas felices, y aunque á la edad de sesenta y ocho años la princesa estaba llena de achaques y sufría una parálisis que la privaba del uso de las piernas, ambos ofrecían sin embargo, el ejemplo del mas vivo cariño y de la mas perfecta union.

Al morir el emir Jusef dejó tres hijos de tierna edad. Giorgios-Bey y su hermano Abdalla los criaron con sumo amor, con la esperanza de que algun dia reanimarian el partido de Jusef y derribarian al emir Beschir; pero éste triunfó de todos aquellos obstáculos y disfrutó pacíficamente del poder hasta el año 1804.

Ocurrían por entónces en Egipto sucesos de la mas alta importancia: Bonaparte, recién llegado á Siria con un ejército, se acercaba á San Juan de Acre, que debia abrirle las puertas del Oriente. El general frances escitó con el mayor ahinco, por medio de despachos y de emisarios, al príncipe del Líbano á entrar en sus intereses y á ayudarle á hacerse dueño de la plaza, á lo que el emir respondió que estaba dispuesto á unirse á él; pero que no lo haria sino despues de la toma de Acre. Echaba en cara un dia al emir un frances el no haber abrazado con entusiasmo la causa del ejército frances, y de haber así tal vez, impedido la regeneracion del Oriente, á lo que él respondió: A pesar del vivo deseo que yo tenia de unirme al general Bonaparte, y á pesar de mi inveterado odio al bajá, pude abrazar la causa del ejército frances. Los quince ó veinte mil hombres que yo hubiera enviado de la montaña, en nada hubieran contribuido al logro del sitio. Si Bonaparte hubiera tomado la plaza sin mi asistencia, hubiera invadido la montaña sin disparar un tiro, porque los drusos y los cristianos lo deseaban con ardor, y por consiguiente yo hubiera perdido el mando; por el contrario, si yo hubiera ayudado al general Bonaparte y no hubiéramos tomado la plaza (lo que hubiera sucedido de cierto), el bajá de Acre me hubiera mandado ahorcar ó meter en un calabozo. ¿Quién me hubiera socorrido entónces? ¿Qué

proteccion hubiera yo implorado? ¿La de la Francia, que estaba tan léjos, que tenia que habérselas con la Inglaterra y con toda Europa, y que estaba ademas desgarrada por la guerra civil y las facciones?"

El general Bonaparte comprendió la posición del príncipe Beschir; y, en prueba de su amistad, le regaló una soberbia escopeta que Beschir ha conservado en memoria del gran capitán.

Antes de proseguir la historia de los sucesos que siguieron à la ruina del partido del emir Jusef, no estará de mas contar una aventura que acaso hizo al bajà Djezar tan feroz y cruel.

En los primeros años de su mando, iba un dia, segun la costumbre, al encuentro de la caravana que volvia de la peregrinacion de la Meca. (Despues, el bajà de Damasco quedó encargado de esta ceremonia, y el de Acre solo estuvo obligado à costear los gastos de la caravana, y à pagar un tributo à los àrabes del desierto). Los mamelucos à quienes, en su ausencia, habia confiado Djezar la custodia del serrallo, rompieron sus puertas y se entregaron à toda la brutalidad de sus pasiones: volvió el bajà, y lejos de huir al acercarse él, los mamelucos se apoderan del tesoro y cierran las puertas de la ciudad, resueltos à rechazar la fuerza con la fuerza. Con la escasa escolta que le acompañaba, Djezar no podia esperar vencerlos; sin embargo los mamelucos le enviaron à decir que

si queria dejarlos retirarse con sus armas y sus caballos, le abririan las puertas de la ciudad, y que si no, aceptaban la guerra y moririan con las armas en la mano primero que rendirse.

Djezar-Bajà no tenia tiempo que perder en reflexiones; sabia que era aborrecido por los turcos, lo mismo que por los cristianos, à causa de sus rapiñas; tampoco se le ocultaba que si el emir Jusef llegaba à tener noticia de su situacion, se coligaria con los mamelucos y le haria una guerra que podria serle fatal.

Concedió à los mamelucos lo que pedian y estos se alejaron rápidamente miéntras el bajà entraba en la ciudad. Apénas llegó Djezar à su palacio, envió à su caballería en persecucion de los fugitivos, pero en vano; los mamelucos llegaron sanos y salvos à Egipto. Djezar se vengó entónces en sus mugeres; hizolas azotar à todas, y luego mandó echarlas en una grande hoya y cubrirlas con cal viva, esceptuando solo de aquella atroz venganza à su favorita, à quien hizo ataviar con sus mas ricas joyas y galas, meter en una caja y arrojar al mar.

Este suceso escacerbó en extremo el carácter de Djezar. Avaro ya y rapaz, se hizo bárbaro y cruel, à tal punto, que no hablaba mas que de cortar narices y orejas, y sacar ojos. En el momento de su muerte, no pudiendo ya hablar ni decretar suplicios, hacia señal à los que le rodeaban, señalando la cabecera de su cabeza; afortunadamen-

te no se le entendió. Despues de su muerte se encontró una larga lista de personas á quienes habia condenado á morir para cuando recobrase la salud. Su ferocidad le siguió hasta el sepulcro.

Volvamos al principe Beschir. Apénas los hijos del emir Jusef fueron bastante grandes para disputar el poder, Georgios-Bey y Abdalla resolvieron llevar sus proyectos á ejecucion: aprovecharon un momento de tibieza entre Djezar y el principe Beschir, y sublevaron el partido de sus pupilos. El emir, cogido de improviso, tuvo que retirarse al Huran, é invocó la mediacion del bajá, cuya avaricia y rapacidad lisonjeó cual hábil cortesano: el Djezar intervino é impuso un tratado que concilió á los dos partidos, pero que favorecia mucho mas á Beschir, á quien daba el pais de los drusos, dejando á los hijos de Jusef el de Gibel y de Kosruan.

Pocos años se observó aquel tratado. Los hijos de Jusef buscaban todos los medios posibles de derribar á su enemigo; como eran los mas fuertes, lo consiguieron, y como no quisiera Djezar dar oídos á las representaciones de Beschir, sancionó la usurpacion, con lo que no le quedó mas arbitrio al emir que echarse en los brazos del virey de Egipto.

Hallábase por entónces el almirante inglés Sidney-Smith con algunas naves en las aguas de Siria; Beschir le suplicó que le recibiese á su bordo y le llevase á Egipto. Despues de haber pasado

algunos meses en el mar, y de haber tocado en Chipre, Esmirna, Candia y Malta, desembarcó en Alejandría, donde fué á verse con el virey, seguido de algunos amigos leales.

Recibióle el virey del modo mas lisonjero, tratóle con todas las atenciones debidas á su desgracia, le colmó de regalos y le hizo volver á Siria en uno de los buques del almirante Sidney-Smith, con una carta para Djezar, llena de reconvenções y de amenazas, en las que le intimaba la órden de restablecer en su mando al emir Beschir.

El virey era poderoso; el Djezar-Bajá se dió prisa á obedecer, porque el tono del despacho le hizo conocer que no podia perdonar medio para satisfacer al príncipe Beschir. Intimó pues á los hijos de Jusef, que no se atrevieron á oponer ninguna resistencia, que se conformasen en todo al tratado, y hasta su muerte la mas profunda paz reinó en ambos partidos.

No confiaba, sin embargo enteramente el emir Beschir, en la sola proteccion de Mehemet-Ali; veia aumentar por dias el partido de los tres principes, y temia sucumbir bajo alguna trama, porque conocia la ardiente sed de venganza que los animaba contra él: la habilidad de sus ministros Giorgios-Bey y Abdalla daba nueva fuerza á sus temores, por lo que resolvió acabar de una vez con ellos con un golpe decisivo, capaz de imprimir el terror en el alma de sus enemigos. Aprovechó,